

“Daniel” y Ernesto de Quesada

565

por Sebastián Salazar Bondy

Desde hace veintiséis años en las carteleras del Teatro Municipal aparecen con regular frecuencia anuncios que llevan un sello que el público reconoce fácilmente. Dicha viñeta se identifica como de la Sociedad Musical Daniel y equivale a una garantía de calidad. Pocos, sin embargo, saben qué es en esencia esta sociedad y, sobre todo, quién es aquél que la impulsa a llevar hasta los auditores del mundo de habla castellana a los más destacados concertistas del momento. Conciertos Daniel —denominación con la cual se reconoce aquí a la institución— es la obra de don Ernesto de Quesada. No se trata, como podría suponerse, de una empresa y un empresario, pues el promotor de la entidad ha hecho más como mecenas que como negociante. Nuestra ciudad le debe mucho de su vida musical, ya que desde el 23 de abril de 1932, cuando envió a Lima a Ignaz Friedman, no ha habido año en el cual Daniel no ofreciera una temporada. Gracias a su empeño, al de don Luis Gallo Porras, en ese entonces Alcalde de Lima, y al de un grupo de aficionados, se constituyó la primera orquesta sinfónica que hubo entre nosotros, acompañado por la cual José Iturbi ofreció algunos conciertos en nuestra ciudad. Ese improvisado conjunto fue el germen inicial de nuestra actual Orquesta Sinfónica Nacional, establecida por el Estado en 1934.

Hace cincuenta años, don Ernesto de Quesada —nacido en Cuba, pero trotamundos incorregible— abandonó la Universidad de Harvard, en donde estudiaba — y en cuyas aulas fue compañero del doctor Julio C. Tello, el gran arqueólogo nacional, con quien mantuvo una estrecha y cordial amistad—, para fundar en los Estados Unidos la Sociedad Musical Daniel. Viajó a Europa en busca de concertistas, vivió en Alemania —donde



hizo crítica musical— y España —donde impulsó en todo lo que pudo la actividad artística— y se lanzó a la aventura de enviar a Cuba y a México, primero, y luego a todo el resto del continente, representantes de su firma y, como es natural, intérpretes de fama mundial. Ni siquiera las guerras impidieron

que este hombre, ganado por su pasión de arraigar la afición musical en nuestras tierras, darse a la tarea de mover en el gran tablero continental —de la Martinica a Buenos Aires y de Santiago de Chile a Nassau— las piezas de su pasión difusora, educadora, en una especie de juego inspirado por el amor al arte.

Sin embargo, según dicen los que lo conocen, don Ernesto de Quesada piensa que no ha realizado, tras cincuenta años de labor, todo lo que había soñado en pro del auge musical en nuestro mundo, y no obstante haber trabajado con casi todos los grandes artistas de la época, de haber ayudado a surgir a muchos concertistas recién egresados de los conservatorios y academias europeas, de haberse interesado en los problemas individuales y colectivos de los intérpretes, de haber prácticamente fundado la vida musical de algunos países de nuestro hemisferio, opina que sus proyectos rebasan ampliamente sus logros. En verdad, esta es la actitud de quienes poseen un sentido estricto y firme de la misión que se han impuesto: una obra no concluye nunca, jamás es perfecta, siempre demanda nuevos y más intensos bríos y esfuerzos.

En lo que respecta a Lima, don Ernesto de Quesada, en los veintiséis años en que Daniel está representado acá, nos ha enviado a la mayoría de los mejores concertistas que hayamos escuchado, a muchos eminentes directores de orquesta, a varios grupos de música de cámara, a coros y a ballets de prestigio. Y aunque la recompensa económica no se haya producido, no ha faltado nunca el embajador artístico que nos brindara su mensaje de belleza sonora. Bien sabemos que no es Lima una plaza cuya afición musical sea importante, ni son los limeños el público que las grandes figuras requieren: el director de la Sociedad Musical Daniel ha visto aquí, precisamente por estas características negativas, un caso problemático por resolver, y se ha empeñado en afrontarlo. Es justo, con ocasión del cincuentenario que este año celebra la institución que comanda, hacerle llegar la gratitud peruana, a él y a su apoderado en Lima, Alfonso Vargas, y reclamarle así abusivamente la perseverancia en esta lucha por nuestro progreso cultural.